

ESPAÑA EN LOS DESTINOS DE AMÉRICA

PERVIVENCIA DE LA TRADICIÓN EN EL NUEVO
MUNDO

EDUARDO M. OSUNA

La Paz de Westfalia es, sin lugar a duda, un hito en la historia universal: puso fin al conflicto que había arrasado a la Cristiandad entera a la contienda, imponiendo sobre Europa un nuevo orden político —sustentado ahora en la sacrosanta razón de Estado—, acabando con el viejo orden cristiano, perpetuándose los Estados herejes y haciendo la ruptura de la Cristiandad cosa humanamente irreversible. Para España, que, por espacio de casi un siglo, se había afanado en imponer su paz sobre Europa, sufrir la de los herejes fue un hecho catastrófico. Sosteniendo el mayor peso del conflicto, no sacó beneficio alguno; al contrario: vaciadas las arcas del reino, diezmados los hombres de España y exhaustos los tesoros de las Indias, quedó agotada la amazona de la raza latina.

Poco pudieron hacer para corregir el declinar de la Monarquía el último de los Austrias ni la nueva dinastía borbónica con sus afamadas reformas, mermando ya, no solo fuera de las fronteras de la Monarquía, dentro de ellas, los ideales que con tanto encono se habían defendido. El daño no era solo material, alcanzó también a la vena moral del pueblo español, provocando una profundísima crisis espiritual de la que difícilmente se ha recuperado. Es ingenuo creer que los españoles de su época no fueran

capaces de dimensionar el alcance de su derrota. Para quienes, en pleno 1635, pese a todos los reveses —con el tan característico orgullo hispano—, seguían convencidos de que España era «el pueblo de Dios», encaminada providencialmente a la victoria, fue una conmoción terrible descubrir que, en tan poco espacio de tiempo, había sucumbido la indiscutible hegemonía española sobre el orbe. Resulta representativo el juicio de Don Francisco de Quevedo, el más inmenso genio de su época, además acérrimo partidario de la causa española, quien, frente al descalabro de la Monarquía, declara, en la última de sus cartas:

Muy malas nuevas escriben de todas partes, y muy rematadas, y lo peor es que todos las esperaban así. Esto, señor Don Francisco, no sé si se va acabando ni si se acabó. Dios sabe; que hay muchas cosas que, pareciendo que existen y tienen ser, ya no son nada sino un vocablo y una figura.¹

Murió así «ese coloso que pudiera montar en el Pegaso al par de Juvenal y Tibulo», como la inclita raza numantia, con su querida patria. Constata la profunda crisis espiritual de aquel pueblo huérfano de ideales una popular sátira política, publicada en 1670, que reza, en el último de sus símiles, la siguiente pregunta acompañada de su respectiva respuesta: «¿En que se parece España a si misma? En nada» acertadamente juzgará D. Vicente Palacio Atard que «esta podría ser el rótulo que encabece todo un periodo de nuestra historia», a lo que cabría agregar que dudamos que este periodo haya concluido.² Ahora bien, ¿a razón de qué se ha traído a colación este episodio de la historia de España? Debido a que este nos sirve de precedente —pues no debe entenderse de otra manera— al distinguir entre «ambas

1. Raimundo Lida, *Letras hispánicas* (México, 1958), p. 122.

2. Vicente Palacio Atard, *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII* (Madrid, 1956), p. 126

Españas», entre la histórica y la presente: una como Madre y la otra como Hermana.

El largo declinar de la Monarquía Católica, cuyo inicio ya se ha señalado, llegó a su punto álgido en la crisis de 1808 y culminó en el desmoronamiento del Imperio en América, de cuyos pedazos surgiera un manojo de nuevos Estados, entre los que podemos contar al propio Reino de España, que habrá de constituirse, más pronto que tarde, en un estado moderno, a semejanza del resto de provincias americanas. Así, si antes nuestros destinos eran uno solo, al desaparecer el venerable sistema monárquico sobre las Indias, terminaron tomando distintos rumbos. Por ello es necesario, antes de tratar el tema que compete a la extensión de este artículo, saber distinguir entre la España como Monarquía y la España como reino, no porque pretendamos tomar una y desechar la otra, sino porque la forma en que estas influyeron e influyen sobre los destinos de la América hispana ameritan su propio tratamiento.³

LA HERENCIA HISPANA EN LOS AÑOS POSTERIORES A LA INDEPENDENCIA

Durante los primeros decenios de la ruptura, como era natural en un momento donde aún sangraban las heridas de la guerra civil, fue común el maltrato a todo lo sospechoso de ser español. Pareció que había quedado en manos de los próceres el futuro de la herencia española en América, la cual, por lo común, no solía despertar mayor simpatía. Fue juzgada, con suerte, como un mal necesario para encaminar al Nuevo Mundo por la senda de la civilización, pero que, debido a sus vicios inherentes, pronto se había transformado en un obstáculo en la marcha ascendente de

3. Esta distinción entre reino y monarquía, aplicado especialmente al caso español, la hace el beato Juan de Palafox y Mendoza en su *Juicio Interior y Secreto de la Monarquía para mí solo*, contemporáneo y gran preocupado por el declinar general de España.

América al progreso. Se resolvieron, entonces, a combatir —con mayor o menor exaltación— el influjo de la perniciosa herencia en las nacientes repúblicas.

Tenida apenas como minucia en la historia de los pueblos americanos, frente a la apabullante inmensidad telúrica que despertaba el elemento autóctono, se creyó no pocas veces que, para corregir los males de la raza, bastaba la fuerza de un decreto. Serán conocidos los deseos de algunos beneméritos de querer reemplazar la lengua española por alguna otra de origen extranjero o, en su defecto, la esperanza de que la caída del Imperio en América facilitará la conformación de nuevas lenguas nacionales, a semejanza de lo ocurrido en Europa con la caída del Imperio Romano. Todo era útil, en fin, si servía para ampliar el abismo que separaba a América, que recién había recuperado su libertad, de la península que aún la miraba con deseo terrible.

Así, desde México hasta Argentina, se urdió el odio profundamente contra las cosas de España, alzado jovial, y a veces muy bellamente, sobre las plumas de los Olmedos, Heredías y Sarmientos, que hablaron siempre tantas pestes de España y, sin embargo, no pudieron ser otra cosa que profunda y radicalmente españoles.⁴ Pues esta calidad no tiene porqué estar ligado al amor por España, acaso, por el desmesurado criticismo y la ligereza por las blasfemias —vicios del alma hispana—, resulta ser todo lo contrario, como reza el conocido verso de Bartrina: «y si habla mal de España, es español».⁵

Se ha señalado ampliamente cómo lo antiespañol en estos primeros vates, a semejanza de los detractores de los proyectos de unidad continental, lo movía, sin saberlo, los vicios de la raza que buscaban extirpar. Tan profundo se mostró el arraigo de la herencia española en este suelo que, aun con el consciente deseo de deshacerse de ella, los amagos de imitación extranjera no lograron más que superficialmente, conservando el íntimo

4. Miguel de Unamuno, *Antología* (México, 1964), p. 198.

5. *Ibid.*, p. 202.

carácter de nuestros pueblos impolutamente hispano, no pudiendo ser de otra manera. Desde aquellos momentos podemos decir que América, al deshispanizarse, lo hace *a la española*.

Conviene, en favor de salvar el honor americano, reconocer que la vorágine no fue universalmente recibida y que al extremado localismo se contrapuso el deseo de ecuanimidad en un ideal común, el cual, perdida tanto la monarquía como las posibilidades de la unión continental, tuvo que encarnarse en la unidad religiosa, que era, como siempre lo ha sido en América, hispanísima. Surge lo que podríamos denominar como «casticismo americano», escuela que, frente al influjo de las innovaciones de cuño extranjero, reivindicó los modelos antiguos, las formas clásicas y las letras españolas.

Esta escuela, cuyo insigne patrono no puede ser otro que el gran humanista venezolano D. Andrés Bello, «el salvador de la integridad del castellano en América» —como le llamó Menéndez y Pelayo—, contó además entre sus filas a ilustrísimos americanos, como el peruano don Felipe Pardo y Aliaga, a los mexicanos don Manuel Carpio y don José Joaquín Pesado, al hondureño fray José Trinidad Reyes o, aunque bastante posterior a estos, el insigne escritor colombiano don Miguel Antonio Caro. El caso del ilustre poeta mexicano D. José Joaquín Pesado resulta paradigmático para ejemplificar el discurrir estético de esta escuela. Poeta bíblico y clásico, brilló como cabeza del casticismo en su patria, restaurando el buen gusto frente a la insulsa poesía épico-civil de los años de la guerra, destacando, además, como valeroso defensor de la causa religiosa, entonces universalmente atacada.⁶

Pesado, quien, a juicio de la crítica, no pasaba de «estimable poeta de segundo orden», le salvó siempre el buen gusto al elegir sus modelos y la eternidad de los temas que trató, adelantando a todos los poetas hispanoamericanos de la primera mitad del siglo en lo que a constancia se refiere, pues, sin haber llegado a producir algún poema excepcional, no se deshonoró nunca con malas y

6. Miguel Antonio Caro, *Obras completas*, 2 vols. (Bogotá, 1920), II, p. 358.

desiguales composiciones. Puede este juicio ser extrapolado a gran parte de la escuela casticista, más modesta que la romántica, aunque mucho más conteste en la precisión de su lira, los salvó, a la postre, junto con la inestimable labor humanista de sus representantes, «haber distinguiendo [...] lo bello y permanente de lo accidental y transitorio».

Entre tanto, erráticos tumbos daba el Reino de España —«nada sino un vocablo y una figura»—, aún atrapado en la confusión de las guerras de independencia, incapaz de dar marcha atrás a la secesión americana, no le quedaba más que sostener empedernido su patronazgo sobre las Indias, cosa por lo demás legítima, pero que la llevó a muy desafortunadas resoluciones, como el intento de reconquistar México, totalmente fuera de lugar y, sobre todo, de tiempo. El resto de sus aventuras americanas no gozó de mayor fortuna. Mas el paso firme del mal de época lejos estuvo de haber sido contenido; en su lugar, sutilmente alimentado, fue tomando fuerza en la década tildada ominosa, concluyendo en la derogación de la ley sálica, la coronación de doña Isabel y, como es bien conocido, en la primera guerra carlista.⁷

Quedó España, vaciada de sí misma, incorporada al concierto de la política europea, mientras tanto los restos de la vieja Monarquía encontraron su refugio en la causa carlista. Pese a todos estos percances, que sirvieron solo para socavar la legítima afinidad y tutela que la vieja metrópolis podía aún sentir hacia sus desgajadas colonias, guardaba todavía pronunciada influencia sobre su América, aunque esta fuera fruto de una mera inercia arrastrada desde la época colonial; a saber, que España gozaba de unos veinte años de ventaja con respecto a América, lo que la hizo, sobre todo,

7. Andrés María Vicent, «La América española entre carlotistas y carlistas: Notas sobre la dimensión territorial de las resistencias de corte dinástico a la disolución de la Monarquía católica», *Ariadna histórica. Lenguajes, conceptos, metáforas*, n.º 11 (2022), pp. 121-143.

propicia mediadora entre las novedades europeas y los lectores americanos.

La literatura en América, que es siempre la mejor forma de aproximarse al carácter de un pueblo, ofrece en esta época sus mejores piezas en la poesía descriptiva, que dominará la más alta cumbre de la lira americana durante toda la primera mitad del siglo XIX, y en la poesía política, exposición y reflexión de la caótica vida pública de las jóvenes repúblicas. Ambas encarnan, a su manera, «la conquista del paisaje», uno de los principales aportes del que se ha ocupado nuestra literatura. Mientras tanto, el romanticismo en la América hispana, siendo casi universalmente recibido, produjo, salvo contadas excepciones, muy pocas obras de auténtico valor.

Quedándose, además, solo en la réplica de modelos extranjeros que ni siquiera eran bebidos de sus fuentes originales, sino que estaban tomados de traducciones o imitaciones españolas, recubiertos a veces con temas indianos a fin de fingir la originalidad que el inorgánico estilo no podía ofrecer, al faltar aquí los elementos que produjeron el romanticismo en Europa, es decir, amplia profundidad histórica. Nuestros románticos se hicieron entonces, como afirma Riva-Agüero, reflejos de reflejos, ecos de ecos.⁸ Otro aspecto importante en el desarrollo de la cultura en la América hispana fue la boga del positivismo.

Si bien se ha criticado que este no gozó de profundidad filosófica, poniendo en duda hasta la presencia real del Comte en el positivismo americano, no es menos verdad que en la América hispana tomó pronto unas formas particulares que podrían ser tenidas por originales, a lo que ayudó, sobre todo, el deseo inmediato de aplicar sus máximas para corregir, o en su defecto entender, las coyunturas hispanoamericanas. Ofreció el positivismo, en la política, una alternativa útil frente al ingenuo providencialismo progresista de los románticos jacobinos. Mas este inclemente espí-

8. José de la Riva-Agüero y Osma, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (Lima, 1905), p. 81

ritu práctico relegó a la cultura humanística a un despectivo segundo plano: olvidándose del arte, tullendo la filosofía y combatiendo vigorosamente la tradición.⁹ Degenerando pronto en un paralizante pesimismo, ambiente poco propicio para los oficios del espíritu.

RENOVACIÓN DE LAS LETRAS HISPÁNICAS: TRADICIÓN Y MODERNISMO

Entre el lánguido romanticismo y el utilitarismo positivista se fue cultivando la cultura en la América hispana. Si bien son dignos de no pasarse por alto, pues altas cosas se lograron conseguir auspiciadas por estas dos tendencias, relegaron a los númenes americanos a un pronunciado tono menor, en ansia de una auténtica originalidad que se vislumbraba apenas en el regionalismo temático, que pecaba mucho de estar demasiado anclado a lugares y tiempos específicos, entorpeciendo su universalidad. El arte era americano más por tema que por el genio que la producía.

La urgente necesidad de una renovación poética, que pudiera estar a la altura de la vida americana, desembocó en una de las más altas ocasiones que se han visto en este continente. La irrupción del modernismo, capitaneado por el «Príncipe de las letras castellanas», constata la inefable afinidad que existe entre los pueblos de lengua española. Don Ruben Darío, hijo de una república tan aparentemente menor como la nicaragüense y madurado en su estadía sudamericana, supo hacerse adorado por la América toda «que tiene sangre indígena, que aún reza a Jesucristo y aún habla en español», para luego, como Colón indiano, conquistar la vieja España. Ríos de tinta se han escrito con el único propósito de desentrañar los misterios del fenómeno modernista, que, por su amplitud, tendrá que ser tratado tan sólo parcialmente en este artículo.

Definir la naturaleza del modernismo es tarea harta difícil, lo

9. Alfonso Reyes, *Pasado inmediato* (México, 2011), p. 37.

que puede llevar a confusiones. Si el influjo de los modelos franceses y el amor por París será casi omnímodo en la generación modernista, ¿qué lo distingue del resto de imitaciones de cuño extranjero? Pues que, junto con el aletargado espíritu romántico y la inspiración tomada de las escuelas parnasianas y simbolistas, que le dieron cuerpo al movimiento, se encuentra también la tradición hispana, que le dio alma. Así describió la poesía de Rubén Darío don Juan Valera en una carta a Menéndez Pelayo:

Veo en él lo primero que América da a nuestras letras, donde, además de lo que nosotros dimos, hay no poco de allá. No es como Bello, Heredia, Olmedo, etc., en quienes todo es nuestro, y aun lo imitado de Francia ha pasado por aquí; sino que tiene bastante del indio sin buscarlo, sin afectarlo; y además no lo diré imitado, sino asimilado e incorporado de todo lo reciente de Francia y de otras naciones; está mejor entendido que aquí se entiende, más hondamente sentido, más diestramente reflejado y mejor y más radicalmente fundido con el ser propio y castizo de este singular semi-español, semi-indio.¹⁰

Es arriesgado, por la pluralidad de los modernistas, que a semejanza del Barroco, fue menos una escuela literaria y más una visión particular del mundo, hacer aseveraciones generales del movimiento; sin embargo, parece perfectamente constatable la presencia sustancial de la tradición hispánica en muchos de sus más importantes exponentes, comenzando por el propio Darío y seguido también por Rodó, Martí, Lugones, Freyre, Chocano, Nervo, Velarde y un largo etcétera. La pervivencia de la herencia hispana era una realidad que a lo largo del siglo XIX sólo se había constatado. Pese a esto, el respeto por la tradición legada no había cambiado sustancialmente en relación con los decenios pasados.

10. Guillermo Díaz Plaja, *Hispanoamérica en su literatura* (Barcelona, 1971), p. 130.

Para el observador americano, la tradición hispánica se presentaba como una sustancia bien definida y, sobre todo, agotada, no guardando más interés y utilidad que como objeto para los estudios sociológicos, que no pocas veces se afanaron en demostrar que era madre de todos los males en América.

Para el arte, era poco más que un recurso literario de modesta inspiración; necesariamente vertebrado por modelos de culturas superiores. Y tenida ya por inofensiva, hasta se le había concedido la tierna clemencia que se ofrece a los moribundos. Este panorama se rompe con la introducción de la obra del ilustre polígrafo cántabro don Marcelino Menéndez Pelayo, cuyo venerable nombre debe ser guardado por todo aquel que sienta cariño por la tradición española. Fue reconocido el genio del sabio santanderino por haber defendido, casi en solitario, el lustre de la tradición española, contra los extranjeros que la negaban y los paisanos que de ella se avergonzaban. Su eminente labor historiográfica representa una cima, aún no superada en muchos aspectos. Su obra, por lo demás, fue comúnmente consumida en América, despertando simpatías y diferencias; más por la distancia, llegó a tener un impacto moderado y colateral, limitado sobre todo a la escuela casticista, quienes fueron los primeros en incorporarlo al canon americano.¹¹

Fue con su conocida obra *Antología de poetas hispano-americanos*, escrita en honor al cuarto centenario del descubrimiento de América, como don Marcelino descubrió su magnífico aspecto americanista. Fue esta obra la más alta empresa americanista emprendida por ningún español en su siglo, sobresaliendo rápidamente por haber abarcado la totalidad de la producción lírica desde el Río Bravo hasta el cabo de Hornos —ejercicio que los propios americanos juzgaban imposible—, por la brillante profundidad de su genio crítico y por ofrecer, como bien afirma don Carlos Pereyra, «visión de conjunto del Nuevo Continente»

11. Enrique Sánchez Reyes, «Menéndez Pelayo y la Hispanidad», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, n.º 27 (1951), pp. 5-364.

que aventaja al resto por «el contenido de esa verdad íntima y dominadora que nos seduce cuando buscamos interpretaciones del alma colectiva».¹²

Aquella obra, por la que don Marcelino sintió un cariño particular, fue injustamente recibida, ignorada por los españoles, mientras que en América, donde fue universalmente leída, despertó viejas rivalidades entre los españoles de ambos hemisferios, más poco pudieron hacer estas reacciones contra la obra del ilustre polígrafo, que ha terminado por convertirse en un clásico en la historia de la literatura americana, no erraron don Alfonso Reyes y don Pedro Henríquez Ureña al afirmar que sólo la obra de Menéndez Pelayo había estado a la altura de la experiencia estética americana.¹³

En cuanto al modernismo, la presencia de la obra de Menéndez y Pelayo se encuentra de dos maneras distintas: primero, como precursor y luego, más claramente, por su influencia directa sobre don Rubén Darío. Si bien es considerablemente distinto en conclusiones, a la obra de don Marcelino la anima una serie de preocupaciones que son iguales a las que, en América, animaron a los renovadores de la lengua poética: la crítica a los estrechos criterios del cientificismo social que entorpecen el ejercicio humanista —rechazando y denigrando el rico pasado intelectual español junto a los modelos clásicos—, acompañado de una profunda preocupación por rescatar y defender las fuentes profundas de la auténtica originalidad del genio hispánico.

Que, para Menéndez Pelayo, en estética al menos, no era otra que la tradición grecolatina, divinamente sostenida por España en sus siglos áureos. Basta solo recordar su conocida frase: «En arte

12. Carlos Pereyra, «Menéndez Pelayo en su aspecto americanista», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo*, n.º 3 (1921), pp. 229-250.

13. Alfonso Reyes-Pedro Henríquez Ureña, *Correspondencia 1907-1914* (México, 1986), p. 305.

soy pagano hasta los tuétanos».¹⁴ Con este aspecto de precursor, sabemos que capitales obras suyas como *Historia de los heterodoxos*, *Historia de las ideas estéticas* u *Horacio en España* fueron leídas en América. Su influencia directa sobre Darío —a quien conoció personalmente en Madrid— se manifiesta en el hecho de que, gracias a él, descubrió el poeta nicaragüense el cancionero medieval, la figura de Gonzalo de Berceo, primer poeta de la lengua castellana, y verso alejandrino, que habría de convertirse en uno de los rasgos distintivos de la poesía modernista. No es arriesgado afirmar que el contacto de Darío con Menéndez Pelayo y su obra inspirara también esta reflexión que aparece en su obra *El canto errante*:

Malhaya la filosofía que viene de Alemania, que viene de Inglaterra o que viene de Francia, si ella viene a quitar, y no a dar. Sepamos que muchas de esas cosas flamantes importadas yacen, entre polillas, en ancianos folios españoles. Y las que no, son pruebas por corregir para la edición de mañana, en espera de una sucesión de correcciones. Se está ahora, editorialmente —en Palma de Mallorca—, desenterrando de sus cenizas a un Lulio. ¿Creéis que este fénix resucitado contenga menos que lo que puede dar a la percepción filosófica de hoy cualquiera de los reportes usuales en las cátedras periodísticas y más o menos sorbónicas del día?.¹⁵

MODERNISMO Y AMERICANIDAD

Salvando el lustre de la tradición hispánica y vuelto a estimar su vital importancia en la conformación de América, terminó el modernismo por incurrir en otro un desatino: interpretando

14. Sebastián Pineda Buitrago, *La sombra de Menéndez Pelayo en Hispanoamérica* (Monterrey, 2016), p. 50.

15. Rubén Darío, *El canto errante* (Madrid, 1965), p. 26.

prematuramente la inversión del tradicional juego de influencias entre España y el Nuevo Mundo, y, en un alarde de madurez, juzgó que las fuentes de la tradición no eran suficiente para sustentar la plenitud de la vida americana. Esta idea encuentra su claro precedente, aunque no el único, pues, más o menos, fue manejada desde los tempranos días de nuestra independencia, en *Nuestra América* del poeta cubano D. José Martí, importante precursor del modernismo.

Con don José Enrique Rodó, excelentísimo ensayista uruguayo y ya plenamente modernista, gana el ideal de América, en su *Ariel* y otros textos posteriores, profundidad y dimensión. El exquisito ensayista llegó a tratar la problemática de la tradición, estimando su solidez, pero cuestionando su valor dinámico; para resolver esta problemática exhortó a conciliar lo mejor de la tradición colonial con los mitos históricos de cada república. A su vez, siendo consciente de la «falta sustancial de pasado» de la que sufren, aún las de más intensa vida independiente, las patrias americanas, dio gran vida al continentalismo:

Alta es la idea de la patria; pero en los pueblos de la América Latina, en esta viva armonía de naciones vinculadas por todos los lazos de la tradición, de la raza, de las instituciones, del idioma, como nunca las presentó juntas y abarcando tan vasto espacio la historia del mundo, bien podemos decir que hay algo aún más alto que la idea de la patria, y es la idea de la América: la idea de la América, concebida como una grande e imperecedera unidad, como una excelsa y máxima patria, con sus héroes, sus educadores, sus tribunos; desde el golfo de México hasta los hielos sempiternos del Sur.¹⁶

Por su parte, el argentino Leopoldo Lugones, escéptico del continentalismo y enemigo de España, aunque no de su cultura,

16. José Enrique Rodó, *El mirador de Próspero* (Montevideo, 1913), p. 30.

estimaba que América ostentaba ya el centro de la civilización que la vieja metrópolis había perdido:

De manera que todo esfuerzo para vincularnos a su decadencia nos perjudicaría como una negación de aquel fenómeno. Es ella quien tiene que venir a nosotros, la raza nueva, «la hija más hermosa que su hermosa madre», pero sin ningún propósito de influir sobre nuestro espíritu, más fuerte y más libre que el suyo.¹⁷

Favorecido el espíritu del Nuevo Mundo, inexorablemente separado del que había tomado con la fanática y decadente España de la Contrarreforma, afirmando, por tanto, que: «América no será jamás una nueva España».¹⁸ En México, influenciado por el arielismo y por la idealización del mestizo propio del modernismo, el joven Vasconcelos, que fue además enemigo de Lugones, ideará su exótica teoría de la *Raza Cósmica*, poniendo a la América Latina en el epicentro de una renovación mesiánica del «genio latino» que habría de gozar de alcance universal:

En los tableros de los cuatro ángulos del patio anterior hice labrar alegorías de España, de México, de Grecia y de la India, las cuatro civilizaciones particulares que más tienen que contribuir a la formación de la América Latina. En seguida, debajo de estas cuatro alegorías, debieron levantarse cuatro grandes estatuas de piedra de las cuatro grandes razas contemporáneas: la blanca, la roja, la negra y la amarilla, para indicar que la América es hogar de todas, y de todas necesita. Finalmente, en el centro debía erigirse un monumento que, en alguna forma, simbolizara la ley de los tres estados: el material, el intelectual y el estético.

17. Leopoldo Lugones, *El payador y antología de poesía y prosa* (Caracas, 1979), p. 117.

18. Ibid.

Todo para indicar que, mediante el ejercicio de la triple ley, llegaremos en América, antes que en parte alguna del globo, a la creación de una raza hecha con el tesoro de todas las anteriores: la raza final, la raza cósmica.¹⁹

Para no agotar al lector con una cansada doxografía, que, para hacer justicia a aquella pléyade, habría de ocupar la totalidad de este artículo, sobre las ideas de América entre los modernistas, me limitaré a los ejemplos expuestos; a los que se les podrían añadir: el poemario *Alma de América* de don José Santos Chocano (que, por su cercanía sentimental con España, es más favorable a la conciliación con la vieja metrópoli, a la manera de Darío), *Utopía Americana* de don Pedro Henríquez Ureña (amigo de España, alumno de Menéndez Pelayo, firme creyente en el camino americano a la universalidad) y *Las democracias latinas de América* de don Francisco García Calderón (quizás el más entusiasta exponente del continentalismo latinoamericano).

AMERICANIDAD, UN ERROR ILUSTRE

Fue la Americanidad, como sustitución de la tradición hispana, un desacierto, ilustre por los hombres que lo sostuvieron, pero un desacierto al fin y al cabo. Contemporáneos suyos pudieron llegar a vislumbrarlo: brilla por ser de los primeros el insigne historiador peruano peruano don José de la Riva-Agüero y Osma, enmarcado —como bien juzga Unamuno— dentro del casticismo americano, en su obra *El carácter de la literatura del Perú independiente*. Aunque escrita principalmente contra el positivismo y el romanticismo, en el apartado donde trata a don Manuel González Prada, uno de los precursores del modernismo en el Perú, deja caer severas críticas contra la «funesta» escuela de Darío, trayendo una cuestión vital para Riva-Agüero, como para toda la América

19. José Vasconcelos, *La raza cósmica: Misión de la raza iberoamericana, Argentina y Brasil* (México, 1976), pp. 52-53.

hispana desde que se abrió a la vida independiente: la originalidad. El texto del joven Riva-Agüero, escrito a la temprana edad de veinte años, puede ser desigual en sus juicios —el rechazo categórico a la estética modernista parece uno de ellos—, pero no quita la profundidad de sus críticas, secundadas y enmendadas por otros intelectuales.

La ansia por la originalidad ha estado presente desde los albores del movimiento cultural americano, llevando a no pocos problemas, por haber sido desde un inicio mal entendida. La originalidad, para buena parte de la intelectualidad americana, era solo otra forma de referirse a la extravagancia, al búsqueda de ser distintos, tomó para nosotros aquel concepto un sintiendo en negativo: ser original significaba simplemente ser como los demás, que en general solía reducirse a no ser como España. Si a los pueblos de la América hispana, les constituye, principalmente, dos elementos fundamentales: el español y el americano, el afán de particularismo se resolvió en intentar negar el primero a favor del segundo.

Si existe un elemento donde se fundamenta la particularidad de los pueblos americanos, es el la pervivencia de la raza india. Muchos han intentado —desde la colonia hasta el día de hoy— sujetar el fondo nuestra originalidad al elemento indígena, más, y sin desprecio a la noble raza de ayer, a la que nos encontramos unidos inquebrantable, tuvo que reconocerse que la tradición suya, no sólo nos es del todo extraña, sino que se encuentra medularmente dañada por la hecatombe de la conquista, aún en las repúblicas donde la raza india no llegó a enmudecer nunca por su perfección relativa.²⁰ Lo mejor —y lo que se pudo— de su tradición fue incorporado a nosotros en los altos siglos de la colonia. Vale recordar que, por ejemplo, la poesía de Nezahualcōyotl no la bebimos de sus fuentes originales, sino que fue incorporada a nuestra tradición mediante las traducciones e interpretaciones,

20. José de la Riva-Agüero y Osma, *Paisajes peruanos* (Lima, 1955), p. 114

primero de los misioneros y luego de sus propios descendientes ya hispanizados.²¹

Mientras tanto, el resto de su *ethos*, que quedó relegado a sobrevivir el voz del vulgo, está lamentablemente deformado por la corrupción de su tradición oral. Únicamente después de las vanguardias se creyó posible escribir valiéndose de su tradición como molde, esfuerzo que dio pocos frutos literarios, aunque funcionó para redescubrir gran parte de la tradición poética de los indios recién cristianizados. Sin la posibilidad de retrotraer la fuente de la originalidad americana a una continuidad con las civilizaciones indígenas, hubo entonces que ceñirse al ideal de una continua experiencia de América, la anteriormente mencionada «Conquista del paisaje», sostenida —como lo entendió el filósofo peruano don Víctor Andrés Belaúnde— principalmente sobre dos columnas: la Conquista y la Independencia.

No obstante, en honor a la verdad, estas han contribuido de manera muy desigual a la constitución del acervo común. A semejanza de la vida humana, en la que la educación de la edad pueril suele consolidar los aspectos fundamentales de la identidad, mientras que la vida adulta, con sus constantes y azarosas coyunturas, añade matices a la personalidad, pero difícilmente corrige lo bebido en el seno materno, ocurre que en la constitución histórica de los pueblos americanos, como afirma el ilustre erudito mexicano don Joaquín García Icazbalceta:

Sometido ya el país por las armas españolas, se comenzaba una obra más difícil todavía que la conquista, cuál era la transformación del pueblo conquistado en un pueblo nuevo que recibía gradualmente la religión de Jesucristo y la civilización europea que le traían sus conquistadores. Lo hecho en aquella época crítica ha influido constantemente en nuestra organización social, cuyas bases se asen-

21. Alfonso Reyes, *Visión de Anáhuac* (Madrid, 1923), pp. 64-66.

taron desde entonces; sentimos todavía sus efectos y nadie sabe cuándo cesarán.²²

Entretanto, truncado el proyecto continental, las desgajadas patrias —envueltas en guerras intestinas, a veces contra los antiguos vecinos, a veces contra sí mismas—, aun aquellas que pudieron estar a la altura de la exigencia histórica, apenas preservaron o adelantaron la obra legada por el venerable edificio del poder español; mientras que, en otras latitudes, la mala política de vida autónoma no hizo sino disolver cuanto había de sólido, digno y verdadero. No podemos sino afirmar que al segundo componente de nuestra nacionalidad —el americano— lo verteбра el primero —el hispano—, tanto como la forma aventaja a la sustancia, y al eliminarlo, el segundo no es capaz de sostenerse por sí mismo, enmudeciendo. Por ello caímos necesariamente, por urgencia, en la imitación de modelos extranjeros, para no terminar ahogando a las voces americanas.²³

Urgencia, ciertamente, pues esta mala costumbre encuentra su fondo en una peculiaridad del carácter hispanoamericano; esto es, que en el fuero interno nos reconocemos parte de una totalidad mayor, como acertadamente adivinó don José de la Riva-Agüero: tanto en literatura como en carácter, las patrias americanas son, esencialmente, provinciales. Durante los agitados años de vida independiente, buscamos angustiosamente el seno de una literatura mayor donde refugiarnos, reconociendo a veces como metrópoli a París, otras a Londres, otras a Berlín y a Washington, posteriormente juzgamos ingenuamente que, en cosa de dos décadas, habíamos podido constituir nosotros una sólida República de las Letras.²⁴

La contundente realidad que debemos reconocer es que —

22. Joaquín García Icazbalceta, *Páginas escogidas: Opúsculos y biografías* (México, 1973), p. 6.

23. Osvaldo Lira, «Hispanidad y mestizaje», *Cuadernos hispanoamericanos*, n.º 8 (1949), p. 279-286.

24. Pereyra, «Menéndez Pelayo en su aspecto americanista», p. 231.

escapando al cerco de la voluntad— nuestras literaturas son aún españolas, no solo por lengua y forma, sino además porque «el espíritu que las anima y los sentimientos que descubren; son y han sido, si no siempre, casi siempre, los de la raza y la civilización de España». ²⁵ Sí, pero en un medio muy distinto al de España: es ahí donde parece surgir nuestra originalidad, la del genio castellano puesto a prueba por el inmenso paisaje de las Indias. Pues estamos lejos de ser solo una prolongación de la pura cepa castellana, sino que constituimos algo distinto, nuevo, pero miembros todos del solar común, de la República de las Letras Españolas.

HISPANIDAD, UN PROYECTO TOTALIZADOR

Incorporada España al fenómeno modernista, tuvo que quedar finalmente relegada la retórica maternal con la que España solía referirse a América, imposible de sostener cuando era América ahora la que había cruzado el Mar Océano para venir a implantar sus modelos en la antigua metrópoli. Esto, junto con el particular espíritu de la Generación del 98, avivó un entusiasta esfuerzo por hermanar a la nación española con las desgajadas repúblicas. El entusiasmo resultó transversal en el mundo intelectual español, presente tanto en don Miguel de Unamuno, ²⁶ como en don Eugenio Vegas Latapié, ²⁷ como también, aunque parte de una

25. Riva-Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente*, p. 222.

26. «[...] Podemos asegurar que los más dignos y más conscientes espíritus de aquellos pueblos no reconocen eso del depósito del patrimonio espiritual de una gran raza en poder de la llamada madre España. Ese patrimonio, en cuanto queda, es comunal; lo disfrutamos en común con las naciones americanas hermanas no hijas de lengua de la nuestra. Y en lo que hace a la lengua misma, no admiten, y en ello hacen muy bien, monopolios de casticidad. Hasta se da el caso de que entre los sabios, los verdaderos sabios de nuestra común lengua, figuren americanos, como Bello, Cuervo, Suárez, etc., en primera línea». Miguel de Unamuno, *Obras completas*, 13 vols. (Madrid, 1958), VIII, p.554.

27. «Argentina, Perú, Colombia, Méjico, Guatemala..., nacidas a la vida independiente en el siglo XIX, hacéis bien y acertadamente al negar ser hijas de la España actual o de la del siglo pasado. La España actual es hermana vuestra en cuanto descendemos todos de la misma madre, la España del siglo XVI. Rubén ha escrito:

generación posterior, en don José Ortega y Gasset.²⁸ El entusiasmo terminó por cristalizar en la conocida obra *Defensa de la Hispanidad*, de don Ramiro de Maeztu, que situó la temática de la Hispanidad en el centro de la vida cultural española, de ambos hemisferios, concepto cuyo origen nominal sigue siendo hoy un tanto oscuro.

A esta obra le siguió, como es conocido, el trabajo de don Manuel García Morente, *Idea de la Hispanidad*, escrito después de su extraordinaria conversión. La temática será posteriormente tratada y aumentada, modesta aunque honradamente, por muy dignas plumas a ambos lados del Mar Océano. La temática de la Hispanidad responde a una realidad que, si bien universalmente sentida, no había llegado a ser enunciada antes: que la vieja Monarquía, al desaparecer del orbe indiano, había dejado tras de sí una vasta realidad, quizá huérfana, pero que aún mostraba una profunda afinidad entre todas sus partes; afinidad que no siempre supo bien cómo definirse, pero que, a pesar de todo, existía. Con la Hispanidad se buscó resolver esta indefinición, ofreciendo un ideal sólido que, sin negar las diferencias, fuese capaz de abarcar la totalidad de aquellos pueblos distintos, ligados todos por una fe idéntica y por unos rasgos comunes. Como afirma don Álvaro Pacheco Seré:

Si nuestro nacimiento no se retrotrae a las raíces históricas de España, a las Españas de Elías de Tejada o a la Hispanidad de Maeztu y García Morente; si se repudia la

“Soy un hijo de América; soy un nieto de España”». Eugenio Vegas Latapié, «El fin del Imperio Español en América», *Verbo*, n.º 451-452 (2007), p. 49.

28. «Entonces veremos que en el último siglo, y gracias a la independencia de los pueblos centro y sudamericanos, se ha preparado un nuevo ingrediente presto a actuar en la historia del planeta: la raza española, una España mayor, de quien es nuestra península sólo una provincia». José Ortega y Gasset, *Obras completas*, 9 vols. (Madrid, 1963), II, p. 131

herencia de sus cruzadas y de sus glorias, nos resignamos a ser hijos de la impredecible idea revolucionaria.²⁹

En el fondo, la Hispanidad es, como finamente señala el profesor don Miguel Ayuso, «un concepto de sustitución. ¿De sustitución de qué? Pues de la Monarquía Hispánica», cuya restauración resultaba —aun para aquella época tan proclive a la desmesura— inverosímil.³⁰ Como también ha señalado, en otras intervenciones, el profesor Ayuso, la Hispanidad cuenta con tres principales dimensiones: la histórica, que podría trazar su origen en el hispanismo historiográfico propio de las patrias americanas desde la independencia, empeñado en defender la suma importancia de la obra de España en la constitución de América; la cultural, que señala, como ha sido expuesto a lo largo de este artículo, la innegable cercanía cultural existente entre la comunidad de pueblos de lengua española, que, aún después de la independencia, ha estado en perpetuo e íntimo intercambio; y la política, que es quizás el apartado donde más ha flaqueado el ideal.

No pocos americanos fueron críticos con la deriva de la Hispanidad a transformarse en un mero recurso retórico, para justiciar anodinas acciones políticas, haciendo descender a la Hispanidad, tan enraizada en los campos del espíritu y de la tradición, a la vulgar palestra de la política moderna. Temor que, en nuestros días, ha terminado por cumplirse: vulgarizado el ideal, la Hispanidad se ha esgrimido, sobre todo, para justificar acciones políticas muy concretas y, a veces, del todo desafortunadas. El triunfo de la modernidad, en su estado de mayor depravación, nos exige devolver y resguardar a la Hispanidad —con obligada veneración— en los campos de la historia y la cultura.

Apartados todos del seno de la civilización, o lo que es lo

29. Álvaro Pacheco Seré, «Patriotismo y nacionalismo», *Anales de la Fundación Elías de Tejada*, n.º 12 (2006), pp. 59-63.

30. Miguel Ayuso Torres, «La monarquía católica hispánica». Comunicación presentada en Jornadas de catolicismo UCM, Madrid, 11 de diciembre de 2024, <https://www.youtube.com/watch?v=7OWv7Q4OBv4>

mismo, del seno de la Cristiandad, resulta del todo imprudente querer sumar a la decadencia americana la decadencia peninsular, y a la inversa: ellos, en su barbarie —con ese deseo perpetuo de justificarse—; nosotros, en nuestro salvajismo —más cruel a los sentidos, pero menos profundo en sus errores—, creyendo que podremos corregir el infeliz estado por la pura fuerza de la multitud, proceder que difícilmente podrá ayudar a alcanzar algún bien temporal.

EL BARROCO, LA SENDA ULTRAMARINA A LA UNIVERSALIDAD

De regreso al discurrir del Nuevo Mundo, la idea de Americanidad logró sobrevivir tanto a la muerte del cisne modernista como a la fiebre disolvente de las vanguardias; pero, frente al inminente reparto del orbe entre Mammon y Calibán, fue perdiendo rápidamente su lustre y sentido original. Convenientemente olvidada por unos, los otros se sirvieron de ella para justificar la propagación de la novísima herejía por todo el continente. Mas, a la sombra del choque de tan bárbaras espadas —que no pudo dejar indiferente a la América hispana—, fue gestándose una nueva pléyade de varones ilustres quienes, entre otras muchas cosas, se ocuparon de recuperar un tema que, hasta ese momento, había quedado en el aire, enunciado a veces con frivolidad, otras con odio: el Barroco.

El Barroco no había gozado de buena estima desde que la «restauración del buen gusto», en el siglo XVIII, lo motejó de arte «grotesco» y «corrupto», mero exotismo y curiosidad para los historiadores del arte. En la historia de las letras, sobre todo en América, había servido —a lo sumo— de teatro para que un par de discretos genios coloniales recitaran sus composiciones frente a una multitud del todo muda. Tal vez por ello sus primeros reivindicadores provinieron precisamente del mundo de las artes plásticas, como el historiador mexicano D. Manuel Toussaint, quien

afirmó que el Barroco «es la expresión más sincera e intensa del mexicanismo en el arte».³¹

Expresión que podría resultar desconcertante para sus contemporáneos, pero que guarda las semillas de una nueva y más acertada renovación de la conciencia estética. Esta afirmación suelta será continuada y afinada, creando en sí misma una nueva escuela. Ayudó también el renovado interés por la historia colonial, que se dio desde finales de la primera mitad del siglo XX —y que continúa aún hasta nuestros días—, desenterrando y poniendo sobre la mesa tan singulares aspectos de la vida colonial que habían sido pasados por alto, revelándonos una época muy distinta de aquella «perpetua somnolencia» con que era universalmente tildada desde el siglo XIX.

En su lugar nos encontramos un mundo indiano saturado de matices, claroscuros y contrastes; un coro de múltiples voces, distintas todas, pero afinadas y concertadas en una única e inmensa gesta, que, si tullida por la historia, no pierde su inestimable valor universal. El fervor barroquista tuvo muy altos representantes a lo largo del siglo XX, entre los que podemos contar al mexicano D. Octavio Paz, al peruano D. Alberto Wagner de Reyna y al cubano D. José Lezama Lima. Hay también quien ha señalado, muy acertadamente, el influjo neobarroco en la poesía de Neruda, en la prosa de Borges y en todo el realismo mágico de García Márquez.

Aún sin ser un fenómeno originalmente americano, en ningún lugar de Europa, ni siquiera en la propia España, llegó a formar el Barroco parte tan profunda de la entraña social como en América, escapando pronto de la particular esfera del arte para terminar permeando todos los aspectos de la vida indiana.³² El prominente lugar que ocupó en las Indias no es fortuito, sino que responde a una apremiante exigencia americana. Siendo el arte

31. Manuel Toussaint, *Colonial art in Mexico* (Austin, 1967), p. 277.

32. Bolívar Echeverría y Horst Kurnitzky, *Conversaciones sobre lo barroco* (México, 1993), pp. 13-14.

renacentista —con sus muy pulidos pero rígidos modelos— el primer en ser introducido conscientemente en el Nuevo Mundo, pronto se demostró no ser suficiente para abarcar tanto la inmensidad natural de las Indias como la intensidad de la vida colonial, que solo pudo satisfacerse con la asimilación de aquel singular arte europeo, hijo de la Contrarreforma, capaz de satisfacer tan grandes exigencias.

La síntesis de la cultura barroca —de claroscuros, matices y dinamismo— fue la única propicia para comprender, sostener y enmendar la vida en ese universo de contrastes que constituían los Reinos de Indias. Tan importante que, cuando empezó a desaparecer del panorama con la «restauración del buen gusto» y la incursión de la modernidad ilustrada, comenzó también a mermar nuestra unidad.³³ Lejos de estar agotado, el tema barroco tiene todavía mucho que ofrecernos. Basta recordar la importante labor de don Bolívar Echeverría en desentrañar las particulares *ethos* barroco, aun cuando no se esté de acuerdo con la totalidad de conclusiones. Si ha perdido representantes en las bellas letras, los ha ganado en la académica, lo que ha permitido resolver no pocos desaciertos —tan comunes a nuestro espíritu—, sobre todo aquellos que han intentado categorizar al Barroco como una nueva Americanidad, más plena ahora por contar con él como fuente sustancial.

Se ha llegado incluso a aseverar que América era barroca, aún antes de la llegada de los españoles al continente: curiosa rima, tan desatinada como aquella de los precursores insurgentes que defendieron que América era ya cristiana antes de la colonización. El profesor don Ramón Kuri Camacho, al tratar las faltas de don Octavio Paz al abordar el panorama filosófico de la Nueva España, dice: «Sin duda este fue el lamentable caso de Octavio Paz cuando abordó la teología en su obra sobre Sor Juana Inés de la Cruz. No conocía la teología de la época y se aventuró a emitir juicios, desca-

33. Jorge Alberto Manrique, *Historia general de México* (México, 2017), p. 487.

lificando». ³⁴ Es este el principal error en que ha incurrido no pocas veces la restauración barroca: querer juzgar el Barroco separándolo de la tradición, tanto hispana como católica, que le produjo. Empeño del todo inútil, pues, nuevamente en palabras del profesor Camacho —refiriéndose a México pero extrapolable al resto de la América hispana—:

[Esta] es la tierra que ha sido trabajada por la acción de fray Pedro de Gante, fray Andrés de Olmos, Motolinía, Bartolomé de las Casas, Sahagún, Tata Vasco, Alonso de la Vera Cruz, Miguel Sánchez, los jesuitas de los siglos XVII y XVIII, y Sigüenza y Góngora, Sor Juana Inés de la Cruz, discípulos y renovadores de aquellos padres. ³⁵

Partiendo de la afirmación de don Francisco Elías de Tejada de que «la tradición española en que consiste España está integrada por el conjunto de las tradiciones de cada uno de los pueblos componentes [...] en América, la de todos los pueblos que hay desde el río Bravo al Cabo de Hornos», ³⁶ parece propio señalar que el estilo barroco constituye la forma particular en que se ha expresado la tradición española en el Nuevo Mundo, variando según la latitud. De ahí que nuestra originalidad esté irremediablemente ligada a esta constante que aún late en el alma americana, pues, como afirma don Eugenio d'Ors, «sólo hay originalidad verdadera cuando se está dentro de una tradición. Todo lo que no es tradición es plagio». ³⁷

Aquellos santos varones, auténticos padres de la civilización en América, no fueron hombres abstractos —que no han existido

34. Ramón Kuri Camacho, *El barroco jesuita novohispano: La forja de un México posible* (Xalapa, 2008), p. 17.

35. *Ibid.*, p. 33.

36. Francisco Elías de Tejada, *Las Españas: Formación histórica, tradiciones regionales* (Madrid, 1949), p. 51.

37. Víctor García de la Concha, «Época contemporánea: 1914-1939», en *Historia y crítica de la literatura española*, ed. Francisco Rico (Barcelona, 1984), p. 55.

nunca—, sino concretos: hijos de una patria y de un tiempo, hijos, en fin, de «España, en los dos siglos más influyentes de su historia».³⁸ Es por ello, que las veces en que el ánimo de las patrias americanas más ha coincidido con esta constante son aquellas en que se han producido las más altas, nobles y esforzadas empresas que en América se han visto. Basta recordar cómo, al señalar la personalidad intelectual de nuestro don Alfonso Reyes, don Raimundo Lida le definió como «mexicano, hispano y universal», pues es precisamente por esta calidad de hispano, por esa tradición legada por la España de los siglos áureos y continuada hasta el día de hoy, que los diversos pueblos de lengua español son partícipes de lo universal.

38. Marcelino Menéndez Pelayo, *Obras completas*, 21 vols. (Madrid, 1918), XIX, p. 297.